

A woman with dark hair in a ponytail, wearing a black leather jacket, a white tank top, and blue jeans, is sitting against a stone wall. She has large black headphones around her neck and is holding two drumsticks in her right hand. The background is a textured stone wall and a grey metal shutter.

ALINA NOT

*Fin de
gira*

Alina Not

Fin de gira





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: María Pascual Alonso, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Pág. 149: *There's Nothing Holdin' Me Back*, © Sony / atv Ballad, Tg Worldwide Publishing, Big Deal Beats, Universal Music Works, Gerty Tunes, Mendes Gmr Music, Hipgnosis Beats. Escrita por Teddy Geiger / Scott Harris / Shawn Mendes / Geoff Warburton e interpretada por Shawn Mendes.

Pág. 443: *Don't You Go* © BMG Rights Management, Kobalt Music Publishing Ltd. Escrita por Alexander Gaskarth / John William Feldmann / Nicholas Furlong.

Pág. 210: *Perfectly Perfect* © Wb Music Corp., So Happy Publishing. Escrita por Tom Higgenson / Ryan Stewart.

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Gonzalo Mendiverry, @gonzalom.art

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2025

Depósito legal: B. 257-2025

ISBN: 978-84-08-29849-6

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

1

Nuevos comienzos

El póster de la última gira de Shawn Mendes que he colocado en la pared de mi nuevo cuarto se despegó por la esquina superior derecha por tercera vez consecutiva, dejando ver la mancha de humedad que estoy tratando de ocultar con él. Soplo para apartarme un mechón de pelo que ha escapado de mi moño improvisado y me hace cosquillas en la nariz, y lo doy por imposible. No hay suficiente *merchandising* de Shawn en el mundo para disimular todos los desperfectos de mi primer hogar de verdad, por desgracia.

Sé lo que parece, pero, en realidad, estoy bastante contenta con el inicio de mi nueva vida. Tener una casa en la que pasar más de un par de semanas cada seis meses es un sueño hecho realidad. Y la casa podría mejorarse, sin duda, pero el hecho de colocar mi ropa en un armario y una cómoda, en vez de tenerla en esas maletas en las que me había acostumbrado a guardarlo todo, ya me hace emocionarme. Tampoco es que tenga muchas cosas. Cambiar de país cada dos o tres días cuando tu padre está en plena gira mundial no te permite acumular demasiado; te hace ser práctica. Mi madre nunca aprendió esa lección, a pesar de haberse pasado veinte años dando vueltas por el mundo detrás del que pensó que

sería por siempre el amor de su vida, y sigue teniendo montones de cosas repartidas entre la casa de Los Ángeles y la de Santorini. Puede ser porque ella sabía lo que era tener un hogar permanente, donde poder guardarlas. Yo eso no lo tuve nunca. Incluso cuando papá estaba grabando nuevo material no dejábamos de ir de un lado a otro: de Los Ángeles a Nueva York, a Londres, o al estudio de Dublín. Así no hay manera de acumular pertenencias. Tengo un *e-reader*, un iPad y un iPhone. Una chica de dieciséis años no necesita más, es ahí donde está mi vida entera.

El sonido del timbre me saca de mis pensamientos y hace que vuelva la cabeza instintivamente hacia el lugar de donde proviene. La casa no es muy grande, mis abuelos tuvieron una única hija —y creo que un perro, también—, y vivieron siempre en esta casita de una planta al sur del pueblo. Tiene tres habitaciones —aunque una parece más un armario—, un baño, la cocina y el salón comedor. Y la mía es la habitación más cercana a la puerta de entrada, situada justo después de atravesar el salón, pero oigo los pasos de mi madre corriendo desde la del fondo, la que solía ser de sus padres, para ser ella quien abre la puerta.

Reconozco las voces chillonas. Me las imagino a las tres saltando y agitando las manos mientras sueltan grititos emocionados, como hacen en las videollamadas cuando se cuentan alguna noticia emocionante. Las mejores amigas de mi madre no han tardado ni una hora en aparecer por aquí desde que hemos llegado. Eso es algo que siempre le he envidiado: nunca han dejado de hablar, ni un solo día. Yo siempre he querido tener una amiga así. De esas a las que les cuentas todo. De esas a las que llamas para hablar de cualquier tontería. De esas que se sientan a tu lado y te dejan apoyar la cabeza en su hombro en silencio si has tenido un mal día, o si algún idiota te ha roto el corazón.

—¡No me puedo creer que estés aquí, Katie!

La exclamación de Amanda, con el tono un par de octavas por encima de lo que es normal en ella, es la primera cosa con sentido que oigo desde que ha sonado el timbre.

—Yo tampoco —suspira mi madre.

No parece tan contenta como corresponde a un reencontro como este, aunque lo entiendo y apuesto a que ellas también. A mi madre un idiota le acaba de romper el corazón. Pero, al menos, ella tiene un par de hombros sobre los que llorar.

—Menudo gilipollas, chica —suelta Nicole, la amiga más directa y sincera de mamá—. Te lo dije desde que apareció por aquí para subirse a un escenario con ínfulas y una maldita guitarra. ¿Sabes qué?, lo único bueno que has sacado de él es Zoe. Y, por muy cruel que suene, me alegro de que por fin te hayas dado cuenta de cómo es de verdad, porque eso te acaba de traer de vuelta a casa.

—Nicky... —trata de apaciguar Amanda.

—No me sermonees con tu «Nicky...» —la imita—. Aquí pensamos todas igual, ¿o no, Kate?

—Me alegro de verte.

La voz de mi madre suena amortiguada y sé que es porque se están abrazando. Yo clavo la mirada en la funda negra que guarda la guitarra que he traído conmigo. «Ínfulas y una maldita guitarra.» Esta es la guitarra de la que habla Nicole. La primera guitarra de mi padre. Me la regaló cuando me enseñó a tocar.

—¿Dónde está la peque?

Tengo casi diecisiete años y debería molestarme que Amanda se refiriera a mí como «la peque», pero lo cierto es que no me molesta en absoluto. Me gusta que alguien hable de mí con ese cariño.

Salgo del cuarto y en solo dos pasos ya estoy frente a las

tres mujeres que aún siguen en el marco de la puerta abierta. Sonríó en cuanto cuatro ojos conocidos se clavaban en mí. Mamá se gira para mirarme también.

—¡Cariño! —Amanda es la primera en dar tres zancadas largas y envolverse en un abrazo cálido. Cierro los ojos al aspirar el aroma de su perfume. Mi primer recuerdo de la mejor amiga de mi madre es precisamente este olor afrutado—. Mírate, estás guapísima —piropea, y me pone los brazos en los hombros para apartarme hacia atrás y mirarme de arriba abajo—. Ya eres toda una mujercita, madre mía.

Me gusta que diga eso. No es como si llevara años sin verme. Bueno, sí, lleva años sin verme en persona, pero hasta hace poco mi madre me obligaba a asomarme a la cámara y saludarlas en todas y cada una de sus llamadas.

—¡Zoe! ¿Qué has hecho con tu pelo?

Suelto una risita cuando Nicole coge entre los dedos un par de mechones ondulados que escapan del moño.

—Me he teñido.

A mi madre casi le dio algo cuando hice desaparecer el tono rubio oscuro de mi pelo y lo cubrí de color chocolate hace cuatro días. Aún estoy acostumbrándome a mi nueva imagen, pero la verdad es que me gusta más así. Pega más conmigo. Creo que mamá se lo tomó como un acto de rebeldía y la reacción propia de una adolescente a la que sus padres acaban de decirle que se divorcian y que tiene que coger sus cosas para volar a Estados Unidos en cuanto a su madre se le pase la resaca de Navidad.

Nicole me da un toquecito suave con el dedo índice en el pequeño aro de plata que llevo ceñido a la parte izquierda de la nariz.

—Te queda genial el nuevo *look* —alaba, y me guiña un ojo.

Me dejo abrazar por ella también y clavo la vista en mi

madre, que nos mira a espaldas de su amiga con expresión enternecida. Ni siquiera piensa protestar porque Nicky no critique que llevo demasiado maquillaje alrededor de los ojos, como hace ella cada vez que me ve así. Creo que no quiere decir nada delante de sus amigas, porque, entonces, le recordarían que a mi edad ella era mucho peor que yo. Lo sé. He visto las fotos. Lo cierto es que creo que mi nuevo color de pelo y mi habitual ahumado alrededor de los ojos, que no dejo de llevar desde hace cosa de año y medio, resaltan el color azul de mis iris, y esa es la única cualidad que me gusta de todas las que haya podido heredar de mi padre. Más me vale aprovecharla.

—¿Qué tal el viaje? ¿Y la llegada? ¿Te gusta la casa?
—pregunta Amanda, sin darme tiempo a responder una pregunta antes de soltar la siguiente.

—Pues... sí, la verdad es que sí.

Sinceramente, la casa está hecha un desastre, pero es *mi* casa. Y solo por eso ya me encanta. Cualquier cosa sería mucho mejor que un montón de aviones y ese autobús de las giras.

—¡Venga ya! Esta casa está hecha un asco —opina Nicky, sin medir sus palabras, y suelta una carcajada—. No hace falta que te hagas la educada con nosotras, niña, es vieja y lleva abandonada bastante tiempo. Pero eso no es nada que no podamos arreglar.

Extiende el brazo derecho hasta mi madre y entiendo que esas palabras iban mucho más dirigidas a ella que a mí. Mamá se acerca y la coge de la mano, dándole un apretón. Casi parece que va a emocionarse y soltar una lagrimita, pero se contiene.

—Mañana mismo mandaré a Josh a revisaros la instalación eléctrica, para asegurarnos de que no os va a dar ningún problema. —Amanda ofrece a su marido como manitas.

Coge la otra mano de mi madre y yo casi me siento incómoda. Es como si estuviera aquí metiéndome en este momento que debería ser solo de ellas tres.

—Todo va a ir bien —dice Nicole.

—Sí —la apoya la otra—, y, aunque ahora sea duro, te aseguro que este va a ser un buen cambio, Katie. Esto es bueno para Zoe, de verdad que sí; tiene dieciséis años y debería tener estabilidad y una rutina y poder relacionarse con chicos y chicas de su edad. Sé que has cuidado muy bien de ella, que no le ha faltado de nada, y es obvio que es una chica extraordinaria, pero sabes de lo que te hablo, ¿no? Dar tumbos por el mundo no es lo que debería estar haciendo una adolescente.

Estoy a punto de intervenir, porque están ahí, hablando de mí como si yo no estuviera delante. No es que pueda reprocharle a Amanda sus palabras. Me encantaría poder relacionarme con gente de mi edad, hacer cosas que hacen los adolescentes en un lugar pequeño como este, llevar una vida *normal*. Eso es lo que quiero. También es por eso por lo que he convencido a mi madre en el largo vuelo desde Sídney para que me matricule en el instituto, aunque el curso ya esté empezado. Ella quería seguir manteniendo mi educación en casa, con esos profesores a los que mi padre paga grandes sumas de dinero por ello. Pero yo no quiero hacer eso. Yo quiero hacer lo que todos: estudiar como el resto, saber lo que es sentarte en una clase con un montón de gente y poder esconder la mirada y encogerte en la silla para que el profesor no te pregunte a ti. No es que la novedad no me ponga nerviosa, claro, pero no es por las clases, sé que voy bastante por delante de lo que se estudia en el penúltimo curso del instituto. Es la gente. No sé si sabré cómo hacerlo.

—¿Sabes qué? —llama mi atención Amanda—: Deberías conocer a Peter.

Cambio el peso de un pie al otro. Me he alterado de repente solo con escuchar el nombre de su hijo. ¿Y si no sé ni qué decirle? ¿Cómo se supone que tengo que comportarme?

—Sí, supongo que sí. Es una gran idea —habla mamá por mí, y me mira mientras se pasa la punta de la lengua por el labio inferior, que es lo que siempre hace cuando está nerviosa o indecisa.

Sé que está preocupada por mí. Por cómo me sienta yo con todo esto y por cómo me adapte a la nueva situación.

—¡Claro que sí! —exclama Nicole, encantada con la idea—. Es perfecto, Katie. Peter tiene solo un año más que ella, van a ir al mismo instituto y puede presentarle a sus amigos, así no será tan violento para ella el primer día de clase.

—Decidido —se une Amanda—. Mañana por la noche os venís a cenar a casa. Vamos a celebrar la llegada de un nuevo año y una nueva vida.

2

¿Conoces a Peter Black?

Me pongo una camiseta de Led Zeppelin cuando oigo el taconeo impaciente de mi madre acercándose por el pasillo. Ya me ha lanzado tres gritos para que nos fuéramos de una vez. Lo siguiente es sacarme a rastras. Cojo el abrigo negro que está tirado sobre la silla de mi nuevo escritorio y abro la puerta antes de que ella pueda irrumpir en la habitación.

Estaba a punto de hacerlo. Casi la arrastro dentro al abrir de un tirón, y su mano sigue enganchada al picaporte.

—Ya estoy.

Se lo digo como si no la hubiera oído llamarme. Con sonrisita de buena hija. A ver si cuela.

—Ni hablar.

—Ni hablar, ¿qué?

—Ni hablar, no vas a ir así vestida.

Me mira de arriba abajo mientras me señala con su acusador dedo índice. Le encanta utilizarlo contra mí. Pongo los ojos en blanco e intento salir del cuarto ignorando sus palabras, pero me obliga a retroceder.

—No me pongas los ojos en blanco, señorita. Nos han invitado a cenar a su casa la noche de fin de año y tienes

que ir más formal. Por favor, Zoe, vamos a intentar causar buena impresión, ¿vale?

Y pone esa mirada. *Esa*. La mirada de súplica de mamá. La que lleva utilizando para evitar discutir conmigo desde que me dijeron lo del divorcio. Ha aprendido demasiado deprisa que un «por favor» y esa expresión consiguen mucho más de mí que una orden. Aunque aún hay muchas veces en las que lo olvida por completo.

—¿Qué quieres que me ponga? —cedo, y me cruzo de brazos para demostrar que, a pesar de todo, no estoy demasiado de acuerdo.

—¿Un vestido? —sugiere mamá, y me da la impresión de que está a punto de unir las manos en gesto de súplica, pero no lo hace.

Pongo los ojos en blanco de nuevo, doy un paso atrás y empujo la puerta, para poder cerrar de golpe en sus narices y cambiarme tranquilamente de ropa.

—¡No me pongas los ojos en blanco! —La oigo gritar desde el otro lado—. Y espero que sepas que no engañas a nadie con ese pelo oscuro, la sombra de ojos y una camiseta de Led Zeppelin; las dos sabemos perfectamente que tienes toda la discografía de One Direction.

No puedo evitar que se me escape la sonrisa al oír su tono, mientras tiro los pantalones y la camiseta a un lado y me pongo unas medias.

—¡No juegues con mi corazón de *directioner*!

Mi madre suelta un par de carcajadas desde el pasillo. Me gusta cuando nos llevamos bien. Espero que las cosas puedan ser así ahora que estamos ella y yo solas. Sacudo la cabeza para evitar pensar en mi padre, otra vez. No puedo creerme que, al final, todo haya acabado así. No puedo creer lo que nos ha hecho.

Cuando vuelvo a salir, mi madre me mira con una ceja

alzada y suelta un suspiro de desaprobación. Parece que no hay tiempo para discutir, porque echa un vistazo rápido al reloj y me señala el camino hacia la puerta de salida, mientras yo voy metiendo los brazos en las mangas del abrigo.

Me he puesto mi mejor vestido, así que no debería quejarse. Bueno, al menos, es el que más me gusta. Es rojo con rayas negras que forman cuadrados por toda su superficie, y tiras de cuero en la cintura y las mangas. Me sienta bien. Y ni siquiera tiene escote. Aunque es un poco corto, quizá. A lo mejor lo que le ha molestado es que haya vuelto a ponerme mis botas negras con hebillas, que llevaba antes con los vaqueros. Pero es que el tema del calzado es innegociable para mí. Creo que ya lo sabe.

—¿Vas a pedirme que me comporte? —pregunto, para picarla, mientras caminamos por las calles poco iluminadas que llevan hasta la casa de Amanda.

No sé muy bien por qué ella se ha arreglado tanto para esta noche. Lleva —llevaba— veinte años con un cantante de *rock* desaliñado y maleducado, y su estilo había sido bastante acorde con eso hasta que yo empecé a elegir mi propia ropa. Creo que entonces decidió que debía darme lo que ella considera un mejor ejemplo y dejó de ponerse cuero y de vestir siempre de negro. Pero a mí me gustaba más antes.

—Confío en que sabrás comportarte.

Su voto de confianza casi me emociona.

—¿Por qué iba a saber? No es que nunca hayamos ido a casa de nadie a celebrar nada...

—Zoe, por favor.

Ya está. Otra vez el «por favor». Así no hay manera de que una pueda ser rebelde y maleducada.

Me subo más la cremallera del abrigo, hasta cerrarlo del todo. Hace frío. Mucho. Hace tan solo cinco días estaba tomando el sol en la piscina de la terraza de nuestro hotel en

Sídney y hacía un calor insoportable, pero lo prefería. No me gusta nada el frío. Tampoco estoy acostumbrada a caminar de un lado a otro. A mí siempre me han llevado en coches con los cristales tintados y un par de guardaespaldas. Esto es mogollón de raro. Aunque me sabe un poquito a libertad.

Espero que mi madre tenga en mente conseguir un coche, de todas maneras. Caminar está bien de vez en cuando, pero no cuando en la calle la temperatura es de menos de cincuenta grados bajo cero. Sensación térmica. Aproximadamente.

Es posible que tampoco nos haga tanta falta ningún trasto con motor porque cuando llegamos a casa de Amanda, que está a las afueras, no me ha dado tiempo ni a protestar una sola vez por la caminata. Estoy bastante segura de que no habrá más de veinte minutos andando de punta a punta del pueblo. Y yo ni siquiera sé conducir.

Mamá se vuelve a mirarme con el dedo suspendido en el aire, a medio camino hacia el timbre de la puerta principal.

—Sé amable, ¿vale?

—¡Siempre lo soy! ¿Vas a llamar de una vez o quieres que nos congelemos?

Por fin llama al timbre y en solo unos segundos la puerta se abre de par en par. El calor que se escapa del interior unido a la sonrisa de bienvenida de Amanda ya me parece suficiente motivo para estar deseando dar dos pasos y abandonar la calle helada. Y, además, no puedo olvidarme de que esta noche voy a conocer a Peter Black. Y ese chico parece mi mejor opción de aterrizar sin morir en el instituto. He visto demasiadas películas como para hacerme una idea de lo que podría encontrarme allí... y da bastante miedo, aunque yo siempre haya ido de valiente.

—Bienvenidas —dice la amiga de mi madre, que nos retiene en el umbral hasta que nos ha abrazado suficiente.

Suena música suave al fondo del pasillo y hasta aquí llegan los reflejos intermitentes de lo que parecen ser las luces de un árbol de Navidad. Los mellizos de cinco años de Amanda y Josh aparecen como dos sombras bajitas y veloces que revolotean de un lado a otro profiriendo unos gritos terroríficos.

Amanda nos guía hasta el comedor. La mesa ya está preparada para cuando nos sentemos en torno a ella y se sirva la cena. Un hombre, al que reconozco solo de algunas fotos de mamá y sus amigas, sale de la cocina con un delantal puesto.

—Bienvenidas —saluda con una sonrisa cálida—. Espero que vengáis con hambre, porque la cena está casi lista.

No me gusta mucho eso de que los desconocidos me abracen como si fuéramos familia. Me aguanto porque supongo que a esto es a lo que se refería mamá al insistir tanto en que me comportara. Así que le devuelvo el abrazo a Josh y le dedico una sonrisa cuando comenta lo pequeña que yo era la última vez que me vio en persona.

Se me acelera el corazón cuando Amanda pasa por mi lado para asomarse al pasillo y poder gritar:

—¡Peter! ¡Ven aquí a saludar, no seas maleducado!

No sé ni dónde ponerme. Tengo ganas de esconderme detrás de una silla para poder observar sin ser vista hasta que decida si Peter Black parece un buen chico o si va a convertirse en mi peor pesadilla del instituto. He leído muchos libros en los que quienes deberían ser aliados torturan a la protagonista a espaldas de sus padres, así que no las tengo todas conmigo. No me da tiempo a huir ni a pensar en hacerlo, porque Amanda me retiene pidiéndome que le dé mi abrigo para poder guardarlo junto al de mi madre y que no nos estorbe. Y, cuando me vuelvo hacia la puerta, él ya está allí.

Peter Black es más alto que yo, pero no tanto como me lo había imaginado. Viste unos vaqueros grises ceñidos y una

camiseta ancha de color negro. Tiene el pelo del mismo tono rubio oscuro que su madre y lo lleva corto y bien peinado, con un solo mechón cuidadosamente orientado hacia la frente. A esta distancia creo que sus ojos son castaños, aunque no sé si tendrán algún otro matiz, y dibuja una sonrisa bastante burlona mientras me observa de arriba abajo.

—Eh..., hola —digo para romper el hielo cuando me doy cuenta de que no va a dejar de mirarme así si no hablo yo primero.

—Ah, Peter, por fin —suspira su madre—. ¿Te acuerdas de Kate, cariño?

Eso consigue que aparte la vista de mí. Se convierte en un hijo dócil y bien educado mientras hace todo lo que Amanda le pide y saluda a mi madre de una forma muy correcta.

Se acerca cuando los adultos de la sala parecen decidir que lo mejor es dejarnos a nuestro aire para que nos presentemos nosotros mismos.

—Zoe Clark —dice, de nuevo con esa sonrisa. Me tiende la mano y espera sin impacientarse hasta que yo la estrecho, insegura—. Mi madre lleva dos días advirtiéndome de que tengo que portarme bien contigo.

Aparto la mano enseguida y de golpe. Suelta una especie de risita contenida que destaca más por el brillo que genera en sus ojos que por su volumen.

—¿Debería preocuparme que haya creído necesario advertirlo tantas veces?

—No te preocupes, novata, estás en buenas manos.

Da un paso atrás antes de que me dé tiempo a responder y desaparece en cuanto su madre le pide que vaya a buscar a sus hermanos.

Pasa toda la cena sentado a mi lado, pero apenas me dirige la palabra. Los dos nos limitamos a seguir la conversación de los adultos, a reír algunas de las gracias de los niños y a

responder las preguntas que nos lanza la madre del otro de vez en cuando.

Y, en cuanto pasa la medianoche, se dirige directamente a mi madre y le pide permiso para llevarme con él a una pequeña reunión con sus amigos.

—Vamos, novata —me habla, cuando parece que nadie nos oye.

Me lanza mi abrigo para que lo atrape al vuelo, como si el permiso de mi madre fuera suficiente y no le hiciera falta mi opinión.

—Me llamo Zoe —corrijo, y le dedico una mirada de ojos entornados.

—Ya lo sé.

—Me daba la impresión de que te cuesta retenerlo.

Alza una ceja, con expresión divertida. Luego hace una especie de reverencia que termina señalando la puerta para que salga yo primero. Su cara de satisfacción lo dice todo cuando ve que me muevo para seguir sus indicaciones. Espero que no se le suba a la cabeza esto de que me venga bien que me presente a la gente de por aquí.

Pero creo que ya es tarde para eso cuando vuelvo a oírlo hablar a mi espalda:

—Vas a encantarles a mis amigos, novata.